



**CENTRO ASTURIANO DE MADRID**

**Separata de la *Revista Asturias***

Nº 147. Madrid, 6 de mayo de 2015

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©

ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)

D.L. M-5971-1986 (Separata)



***Conferencia: A.M.D.G., de Pérez de Ayala,  
y otras novelas del colegio  
por D. Luis Cañizal de la Fuente***

15 de abril de 2015

## DESARROLLO DEL ACTO

El Prof. D. Luis Cañizal, cordialmente presentado por D. Valentín Martínez-Otero, Presidente del Centro Asturiano de Madrid, ofreció una didáctica conferencia sobre la novela *A.M.D.G.*, de Pérez de Ayala, egregio asturiano (Oviedo, 1880 - Madrid, 1962). Cabe recordar que *A.M.D.G.* suscitó desde su aparición, en 1910, una notable polémica. Para algunos se trata de un juvenil panfleto antijesuítico. De cualquier modo, nos hallamos ante la denuncia de una pedagogía que a Pérez de Ayala le parecía peligrosa.

El profesor Cañizal también nos habló de otras novelas del colegio, concretamente de *El obispo leproso*, de Gabriel Miró y de *El jardín de los frailes*, de Manuel Azaña. Una conferencia, en suma, que aportó claves para el disfrute de estas novelas, y que también permitió conocer mejor concepciones pedagógicas y prácticas escolares. Las dos primeras sobre jesuitas y la de Azaña sobre agustinos. La brillante conferencia, sobre la que, además de esta separata, hay un vídeo, se enriqueció con un interesante coloquio.

\* \* \*

## PALABRAS DE DON LUIS CAÑIZAL DE LA FUENTE

### ***A.M.D.G., de Pérez de Ayala, y otras dos novelas del colegio.***

Las otras dos novelas son *El obispo leproso*, de Gabriel Miró, y *El jardín de los frailes*, de Manuel Azaña.

Se añadirán menciones, y algo más que menciones, de las películas *Nel nome del padre* [1971], de Marco Bellocchio, y *Todo modo* [1976], de Elio Petri. Esta última se basa en una novela de Sciacia del mismo título. El cual título, al parecer, está tomado de un pasaje de los escritos de San Ignacio que dice aproximadamente: “Todo modo, todo modo, todo modo de buscar y hacer la voluntad de Dios.

*A.M.D.G.* apareció en 1910.

*El jardín de los frailes* se publicó en los cuadernos de *La pluma* en 1921. En libro y de una vez, en 1926.

*El obispo leproso* (segunda parte de *Nuestro Padre San Daniel*, pero se puede leer perfectamente por separado y en primer lugar), en 1926.

Las películas de referencia, ya se ve de qué año son.

La edición por la que se harán las citas es ésta:

PÉREZ DE AYALA, Ramón. *A.M.D.G. [la vida en un colegio de jesuitas]*. Edición de Andrés Amorós. Madrid. Ediciones Cátedra (col. “Letras Hispánicas”, nº 177). 1983. 345 páginas. Adviértase que el estudio inicial de Andrés Amorós llega hasta la página 110. Por lo tanto, el cuerpo de la novela en sí va de la pág. 115 a la 345: considérese esto al sopesar el número de la página que cito cada vez, porque habré de pedir que se tenga en cuenta a qué altura –en cuanto

a bloque de páginas– de la novela llegamos, para valorar mis afirmaciones en algunos pasajes de mi exposición.

He querido que mi análisis de *A.M.D.G.* vaya acompañado de la asomada a otras dos novelas (poco posteriores) que son también revisitación de la niñez en colegio de frailes, para que se pueda contrastar con ellas: si yo hablase sólo de aquélla, seguramente no podríamos hacernos idea de cómo chascan y restallan las invectivas ayalinas contra la Compañía de Jesús, en la España del primer cuarto del siglo XX. A ver qué diferencias hay en el tono del narrador y en el porte y calibre de las cosas narradas, a ver qué diferencias hay con otra novela que tiene capítulos de niño en colegio de jesuitas en el medio provinciano (ésta es *El obispo leproso*, de Gabriel Miró, 1926) y a ver qué semejanzas y diferencias hay con otra novela de... casi niño y muchacho en un colegio universitario de frailes, agustinos esta vez, en el medio provinciano del monasterio de El Escorial, y ésta es *El jardín de los frailes*, de Manuel Azaña.

Debo echar por delante que las tres novelas en cuestión, las tres, son difíciles de leer HOY. O, por lo menos, no fáciles. En parte, porque nos hemos acostumbrado a que, en las novelas de la segunda mitad del XX y lo que llevamos del XXI, nos lo den casi todo mascado en cuanto a léxico y sintaxis (ya que no en cuanto a estructura: éste es el potro de tortura del lector en nuestros días); los lectores estamos mal acostumbrados en aquello. Y en parte, la dificultad de nuestras tres novelas viene precisamente de que la escritura de Ayala, Miró y Azaña es de un refinamiento artístico y discursivo que muchas veces le deja, hasta al lector más preparado, con la nariz en el aire: “¿Qué me ha dicho?” En fin, que no puedo prometer a los lectores de ahora un camino de rosas en la lectura. Acaso la poca facilidad actual (*hodierna*, diría Ayala) en conseguir un ejemplar impreso en cualquier buena librería de Madrid es un índice señalador de tal dificultad: no se reeditan estas tres novelas.

(Al parecer, tampoco hay posibilidad de conseguir las en libro electrónico. En *Amazon* puede que te ofrezcan ejemplares de segunda mano.)

Nada, que como no te vayas a una muy buena biblioteca, no te haces con un ejemplar que llevarte a los ojos. Y no obstante, yo sí invitaría a quienes me leen a que se den un poco de fatiga –sólo un poco– para conseguirlo. Especialmente, diría yo, un ejemplar de *El obispo leproso*, de Gabriel Miró: se puede leer perfectamente separada de *Nuestro Padre San Daniel*, que es su primera parte. Sí: la antepongo a *A.M.D.G.*, ¿por qué voy a empecatarme en defender a capa y espada la novela de Pérez de Ayala, que parece la de un escritor primerizo (aunque él no lo fuese ya en 1910) y que todavía *está muy verde*?

Con esto hemos entrado ya, sin darnos cuenta, en la entraña analítica de *A.M.D.G.*, *la vida en un colegio de jesuitas*, como se subtitula. Hemos entrado en la entraña: la novela de Ayala es difícil, agresiva y un poco –o un mucho– tendenciosa. Y, con todo, encierra un interés, y no morbosos, por cierto. Hay que leerla. Armarse de paciencia y leerla. Yo le diría al lector: “Pero tú ¿qué prisa tienes?” Además, no es una novela mala, ni una mala novela. Ya me está pareciendo que pregono la mercancía. Voy al grano.

Yo creo –yo veo–, llegando a las páginas 161-62, que *A.M.D.G.* es una novela echada a perder porque es demasiado el odio que mueve la pluma de Ayala. Odio contra los jesuitas que lo formaron –o deformaron– siendo él un niño.

¿Cómo? ¿Hablo de autor contra personajes, no de narrador y su materia narrada? No: está continuamente trasluciéndose que los jesuitas, el colegio, los niños y hasta el entorno geográfico son los auténticos de *in illo tempore*, solamente cambiados los nombres (pero quizás no los motes), incluido el niño protagonista; sí: Alberto Díaz de Guzmán, *Bertuco*, es la contrafigura de Pérez de Ayala, su *alter ego*, y

esto no lo oculta ni el propio Pérez de Ayala: cuánto menos la crítica literaria desde el principio. Diré más: Pérez de Ayala-narrador, se alarga algunas veces a aseveraciones oficiosas de que esos hechos se dieron en la realidad, que esos niños eran de verdad sus compañeros de entonces y que éste o el otro jesuita era tan bárbaro como lo pinta. ¿No es esto inmadurez por exceso de despecho? Sí, por exceso de inquina, de odio en el adulto que lo rememora.

Estamos, pues, ante una novela de un gran maniqueísmo. Y claro está que no se puede razonar por esta vía: “Si a un hombre le hicieron la vida imposible, de niño, unos religiosos que tenían la obligación de formarle en lugar de deformarle, ¿no es de justicia que el adulto escriba un libelo infamante contra esos religiosos?” Este razonamiento, EN ARTE (y la novela tiene que ser arte literario), no puede hacerse. De ahí que me haya lanzado a decir que *A.M.D.G.* es una novela frustrada por odio del autor-narrador. Y más precisamente, la novela de un autor maniqueo; una novela de buenos y malos, aunque abundan más los malos.

Pero hete aquí que, ya camino de su final, en la página 266 –al comenzar el último tercio de la novela–, se abre una sección que se titula *El Libro de Ruth*, y con la aparición de este personaje femenino (sí, casi *aparición* en el sentido en que lo usa(ba)n los fieles católicos), la novela se endereza, diría yo, abandona casi por completo su *malditismo*, ésta era la palabra, y entra por una senda que se parece mucho a las narraciones ayalinas más maduras. Aquí sigue habiendo maniqueísmo, pero es la parte de los “buenos”, excepto en el caso del Padre Olano, que no es capaz de entender el francés que habla Ruth ni es capaz de hablarle en francés como ella necesitaría. Además de no hablarle en francés, a “Ruth... le repelía el aspecto del Padre Olano y cierta manera crasa y adherente que tenía de mirarla”. El Padre Olano, por su burricie, se lleva una ironía del Padre Rector: “Usted creía que el Espíritu Santo le iba a soplar a usted el don de lenguas, ¿no es eso?” Y le toca el turno al padre Eraña (alias *Conejo*), que,

siendo profesor de Francés para los niños, tampoco es capaz de hablar a Ruth en francés, ni de entender lo que en francés ella le habla. Y aquí termina por ahora la parte maniquea-mala del *Libro de Ruth*, y empieza la parte maniquea-buena, a cargo y cuenta del Padre Sequeros, quien, había que haberlo dicho antes, viene siendo “el jesuita bueno” de toda la novela., aunque un poco ingenuo, otro poco fanático y un poquitín cursi (véase la sección *Iamuis clausis*).

\* \*



*Imagen de Don Ramón Pérez de Ayala*

¿Qué camino tomar, entonces, para que salga una novela artística? Creo que la respuesta la tiene Manuel Azaña en *El jardín de los frailes*: narrar el proceso psíquico por el que el educando se zafó de las revesinas de sus educadores (e incluso de algunos compañeros de colegio) y, tomando a dos manos su propia psique, sacar adelante “su salvación interna” (que no “su salvación eterna”), aunque fuera cultivando, modelando y manejando la propia soberbia. Y así lo hace. Pero véase cómo empieza el capítulo III:

“Hay que ser un bárbaro para complacerse en la camaradería estudiantil. [...] Muchas gentes acarician las memorias de sus años estudiantiles, ponderan su dulzor, y vuelven hacia ellos los ojos tiernamente, pensando que fueron la edad de oro de su vida. Es aberración del entendimiento, a no ser que los tales hayan arribado a situación más aflictiva, por ejemplo: a presidiarios, o rememoren en efecto la juventud que ya perdieron, sin discernir entre su esencia y los accidentes pintorescos.”

¿Se ve el cinismo? Pues así se empieza la tarea que he descrito. Así, con este tono cínico y un poco despegado, cuenta Azaña todo lo de su estancia en El Escorial. Cinismo y displicencia, para que la evocación no le haga daño sentimental y para no caer en blandenguería ni en excesiva complacencia.

Pero veamos ya, paralelamente, un capitulillo minúsculo de *A.M.D.G.*, a poco de empezar, también, su novela:

“Y empezó el curso.

Comenzó a funcionar aquel ingente y delicado mecanismo, cuya operación consiste en tejer la hilaza de la historia humana, de manera que Dios se gloríe en ella en la mayor medida posible, gracias a los hijos de San Ignacio. La infancia, levadura del pan de lo futuro, aportaba abundante e informe materia que bregar en las innumerables

y quebradizas ruedas y engranajes del maravilloso mecanismo. Comenzó a funcionar; pero marchaba torpemente aún, con rémora y pesadumbre, a causa del desuso e inacción de los meses estivales. Hacíale falta un pronto lubricante, y ninguno más a propósito que el suavísimo aceite de la Gracia Divina, del cual son representantes sobre la haz de la tierra los jesuitas, como se sabe, y apercibían ya las aceiteras, desobstruyendo el pitorro, a fin de ablandar toda superficie de frotación.”

Repito que no es el comienzo absoluto de la novela, sino un capitulillo, seleccionado de hacia el principio por lo que tiene de clave y emblema de la técnica de Ayala: empezar con un estilo muy melifluido, cuajado de metáforas un poco triviales, un poco insustanciales, diríase que imitando la cursilería sabihonda de los jesuitas cuando predicaban o cuando daban clase; y, yendo ya el lector mecido y acostumbrado a este tran-tran, ¡ de pronto, al llegar a la metáfora “el aceite de la Gracia Divina”, el narrador hace que el discurso descarrile !, que la metáfora *aceite* se escurra hacia *aceiteras* y, ya que está ahí, naturalmente derive hacia el *pitorro* para aterrizar de panza en la dichosa metáfora de la “superficie de frotación”.

Pero ya a esta altura es preciso que entre en el discurso la voz cantante de Gabriel Miró en *El obispo leproso*. Sí, voz cantante; porque si Pérez de Ayala vocifera en muchas páginas de esta novela, y Manuel Azaña musita y bisbisea su confesión laica, Gabriel Miró canta: aquí, en *El obispo leproso*, sí hay un narrador omnisciente, una voz anónima QUE NO ES LA DEL AUTOR y que parece cantar bellamente, por lo aterciopelado del tono con que cuenta hasta los sucesos más truculentos de Oleza, que es como se llama en arte la ciudad de Orihuela. En Oleza transcurre toda la acción de *El obispo leproso*: yo diría que el protagonista no es el del título, sino un niño, Pablo, que pronto –andando pocas páginas, quiero decir– ingresa como alumno en el colegio de jesuitas de Oleza. Los episodios en el colegio de los jesuitas se entremezclan con otros de otros muchos

ambientes: el palacio episcopal, conventos de monjas, tertulias de devotos y devotas, consultas de médicos, tertulias de curas, canónigos, dignidades de la Iglesia... Todo, hasta el Carlismo militante, sumergido en un ambiente de beatería omnímoda y omnipresente, pero contada, pintada, cantada de un modo que no oprime ni molesta ni se le hace cargante al lector: es como el aire mismo del campo levantino: blando y caricioso y lleno de olores. Y sin cursilería. La cursilería es, sí, la de los Padres jesuitas. El narrador mironiano nunca califica (ni descalifica) a sus personajes jesuitas: los deja hablar, y ya es bastante, o describe con aparente imparcialidad el tono de lo que dicen:

“Un padre, de los antiguos, mencionó las procedencias de los contingentes académicos: provincias de Alicante, Murcia, Albacete, Ciudad Real, Almería, Cáceres, Badajoz, Cuenca, Madrid... Los dos forasteros que ya lo sabían, principiaron a pasmarse desde Ciudad Real hasta Madrid, exhalando un ‘¡Aah!’, que remataba menudito y fino.

–¿También de la corte?

–Tenemos cuatro de Madrid, hijos de títulos; dos de El Escorial, y uno de Aranjuez.

–¡Aah!

–Nunca hemos lamentado, en casa, amistades particulares entre internos, y queda así dicho que nunca las hubo entre internos y externos.

Aunque no las hubo, corrió una mueca de inquietud de boca en boca. En seguida pasó. Todo pasaba rápidamente, y todo tenía el mismo acento de trascendencia: que hubiera alumnos de Ciudad Real, Almería, Cáceres, Badajoz, Cuenca, Madrid; que hubiera amistades

particulares que nunca hubo.” [Apartado III de la novela, capitulillo 1: cuando han corrido 17 páginas; o sea, a poco de empezar.]

(Ya se ve que a veces la imparcialidad del narrador es sólo aparente: destila a veces una ironía delatora de la hipocresía de los Padres.)

Se ha hablado de las *amistades particulares*. Me parece haber leído en alguna parte, y hace muchos años, que es el propio Íñigo de Loyola el que escribe y aconseja a sus hijos contra las “amistades particulares”: son palabras suyas. Y creo recordar que recomienda que procuren los Padres que no haya amistades particulares entre los educandos, para que no se *aficionen en exceso* uno a otro ni otro a uno. Ya se ha visto en el pasaje mironiano, en el comentario del narrador, que a los Padres parece ponerlos *un poco nerviosos* el asunto de las amistades particulares.

Diré que en las tres novelas que trato se habla de las amistades particulares: incluso Azaña en su casi monólogo-casi ensayo-casi prosa poética, las menciona, como asunto que le inquietaba en sus años con los agustinos de El Escorial. Ahora añadiré sabihondamente que hasta ha habido una novela francesa de los años '50 (siglo XX) que se titula así, *Les Amitiés particulières*, es de Roger Peyrefitte y versa sobre “el amor griego”, digámoslo de esta manera, entre dos alumnos de un colegio de jesuitas.

Si yo pudiera hablar con Manuel Azaña, estoy seguro de que me respondería con desprecio: “¡A mí no me inquietaban las amistades particulares, cuando estudiaba en El Escorial!” Bueno. Hay que leer *El jardín de los frailes*, que es una novela muy bella pero no novela al uso: ni entonces ni ahora. Ahí aparece un narrador, que es el propio Azaña “con su voz interior”: voz que reflexiona sobre aquel colegial (así se llama y llama a sus compañeros): debía de tener entre 16 y 18 años, estudiaba la carrera de Derecho en el colegio universitario de los frailes agustinos de El Escorial y aún había algo de niño en sus

adentros. Como a un niño le trataba algún fraile en determinadas situaciones. Véase la muestra:

“Un domingo de abril estábamos tres en el patio viendo los chorros gruesos de la fuente subir y descogerse en moños de plata, cuando el padre Valdés, que se paseaba leyendo en su breviario, se nos acercó. Veníamos de la capilla. El espíritu pudiera competir en fresca tersura y novedad con el día; el cuerpo estaba en la feliz desazón que engendra un apetito violento, a pique de saciarse: era inminente la llamada para el desayuno.

—¿Habéis confesado y comulgado?—nos preguntó.

Contestamos que sí y estuvo un rato mirándonos. Clavándome los ojos me dio un golpecito en la mejilla y exclamó:

—¿Entonces estás en gracia ...?

Se le saltaron las lágrimas y se alejó sin añadir palabra, volviendo despacio a sus rezos”, y lo que sigue hasta acabar ese capítulo X: merece la pena leerlo muy poco a poco.

Esta escena tiene su paralelo en *A.M.D.G.*: muy al comienzo (de la novela y del año académico), Bertuco, el protagonista, se encuentra en la sala de visitas con el Padre Eraña (apodado *Conejo* por todos los alumnos y también por el autor cuando narra), que le dice:

“—Vienes más delgado, Bertuco. Vamos a ver, ¿se te han olvidado las progresiones geométricas? ¿Sabes que soy Padre Ministro este año?— y le halagaba con suaves toquecitos en las mejillas.”

Y más adelante, en relación con el jesuita-bueno, digamos: con el Padre Sequeros:

“El padre Sequeros paseaba bajo el cobertizo, llevando a sus lados a Bertuco y a Bárcenas, segundón del marquesado del Santo Signo. El jesuita apoyaba sus manos en los hombros de los dos niños, atrayéndolos hacia sí al tiempo que les dirigía dulces palabras de afecto y bienvenida, junto con preguntas referentes al verano.

[...]

El padre Sequeros se inclinó a mirarles, con expresión dubitativa y severa. Los niños se ruborizaron, considerando descubierto su embuste. Creían que el padre Sequeros estaba dotado de sobrenaturales dotes adivinatorios [*sic* : ¿el *dote*? Cuánto me extraña en un Pérez de Ayala]...”

(Antes he suprimido unas frases de diálogo entre el jesuita y los niños, pero ha sido sólo porque desvelan tempranamente –tempranamente en la novela– la devoción cursi que inculca el padre Sequeros, y lo que sus mismos compañeros de religión llaman “su idolatría”: lo llama así uno de los jesuitas más lúcidos, más simpáticos y más *salvables* de la novela: el Padre Atienza; pero para entrar en esa cara del poliedro todavía es pronto.)

No: lo que quería probar con los dos textos anteriores es que hay ahí una muestra de ese afecto natural de los adultos hacia los niños, por lo naturalmente encantadores que se muestran a veces; y sin mezcla de malicia por ninguna de las dos partes.

Pero muy diferente es lo que se refiere a otros jesuitas en la novela de Ayala. Por ejemplo el padre Mur, “el odioso Mur”, como se le llama en otra página, y “rata de alcantarilla” en otras. Éste es el *chivato oficial* que va al Padre Rector con todos los cuentos y chismes ruines sobre los otros Padres. De él se dice: “...La odiosidad que este joven jesuita determinaba en los alumnos, razón esta muy de pesar, que [=pues] no va en prestigio de la Compañía que los muchachos se duelen de los

maestros, o que, andando el tiempo, guarden recuerdo esquivo de sus años de internado” (pág. 156).

Para empezar: ¿se ve a Pérez de Ayala pintando su caso personal en los años de colegio y ahora, pasados los años? Con blando tono de admonición, y con un período sintáctico un poco retorcido y equívoco, cosa extraña en él, y lo digo completamente en serio, porque su sintaxis, aunque algo arcaizante (bellamente arcaizante, en verdad), suele estar perfectamente armada y comprensible. Pues bien: lo de pintar su caso personal casi con amenaza, “desde el futuro”, ¿es cosa que siente bien en una novela que se precie? ¡No es así como se hace arte narrativo!

Y nótese que aquello no es igual que lo dicho sobre *El jardín de los frailes*: Azaña cuenta extensamente y en dosis medidas el proceso de desarrollo de su fuero interno, pero no culpa de nada a los frailes agustinos: desde sus cuarenta y tantos años, echa la vista atrás y los ve... casi con simpatía a algunos, con un poco de suave zumba a otros, con lástima a otro... pero nunca nada comparable al odio que destila contra casi todos los jesuitas la pluma de Pérez de Ayala.

Pues bien, continuando con el personaje ayalino del Padre Mur, transcribo otro pasaje que anuda con aquello de las amistades o enemistades particulares entre jesuitas y educandos:

“Ninguno, en verdad, tan canoro como Ricardín Campomanes; ninguno, tampoco, más distraído. Mur le aborrecía, entre otras razones, cuyo peso específico ignoramos, por ser uno de los favoritos de Sequeros. También lo era Bertuco; no embargante esto, Mur mostraba para con él expresiva lenidad y le hacía objeto de pegajosas asiduidades, que el chico repugnaba; hubiera preferido el odio del jesuita, sobre todo por asco a las caricias de sus manos, calientes y ásperas como la lengua de un buey.” Esto, en la página 123; y justo en la 125, en nota (2) al pie, se lee: “Una de las torturas dadas por Mur

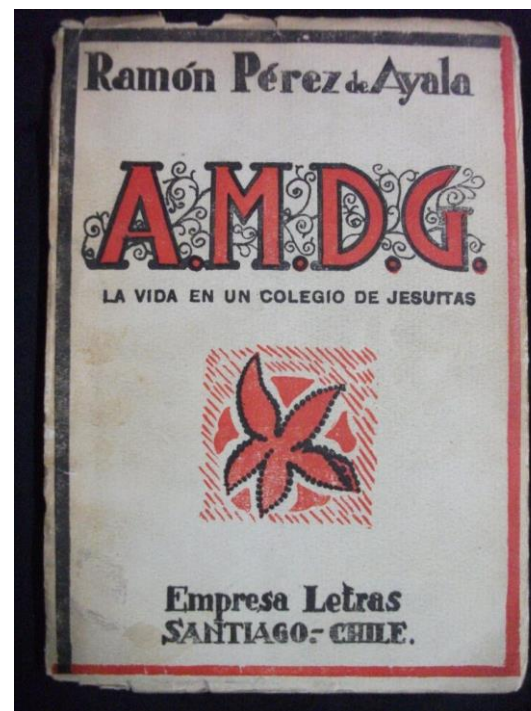
consistía en obligar al niño a que se mantuviera con las piernas en flexión, los tacones y la espalda contiguos a la pared, de manera que el equilibrio era difícil y los calambres que se originaban muy penosos”.

Esto es salirse de la novela, sin más. Salirse, precisamente, por una nota al pie, con lo cual se evidencia, ya sin duda alguna, que lo narrado *ocurrió de verdad*. Y claro que lo narrado es espantoso, y claro que es condenable, y todo lo que se diga es poco. Pero para denunciar eso no se escribe una novela, se escribe un libelo, se escribe una delación como las hay en la historia de la literatura, por ejemplo el *Ragionamento del Zoppino fatto frate, e Lodovico, puttaniere*, que el historiador italiano Francesco Flora define “un ricatto”, o sea, un chantaje. Por cierto que este libelo de delación ha sido atribuido al clérigo español Francisco Delicado, cuya novela *La Lozana andaluza* conocía perfectamente y cita Pérez de Ayala en *Troteras y danzaderas*. Pues bien: en vez de una pretendida novela de delación hacia atrás en el tiempo, Ayala podía haber escrito un libelo contra los jesuitas, pero no pretender que *A.M.D.G.* pase como novela hecha y derecha. Por eso decía al principio que *A.M.D.G.* está muy verde como novela; y, cuidado, que no es primeriza ni mucho menos.

Entiéndaseme: yo no tengo ninguna inquina contra esta novela; es más: a veces me parece un esfuerzo admirable. Pero también quería desde el principio señalar sus quiebras, que no son pocas.

Y también desde casi el principio he señalado que hay un punto en que la narración ayalina da un quiebro, un golpe de ala elevador, y *se salva*—digámoslo con palabra ingenua— gracias a la aparición de Ruth y gracias a un ligamen que luego diré. Y aquí viene el punto más delicado. Me dejaré de circunloquios y lo diré de una vez: cuando Pérez de Ayala ha saldado cuentas con los dos jesuitas pederastas, parece que su arte se alivia (en el sentido de hacerse leve, ligero) y remonta el vuelo. Los dos jesuitas pederastas son el Padre Mur y el Hermano enfermero, Echeverría, que *mete mano*, literalmente, a

Bertuco con excusa de palpar dónde le duele al chiquillo. Esto está narrado punto por punto en las páginas 261-66, y, por si algo faltaba, en esta última hay ¡otra nota a pie de página! delatando directamente—aunque con su ligero humorismo, acaso para quitarle crudeza— al Hermano en cuestión, con señalamiento de apellido auténtico: el mismo que en el texto.



Portada de la novela *A.M.D.G.* editada por Empresa Letras (Chile)



Pasado lo cual, como anuncié, el resto de la novela, el último tercio, cobra un cariz y armadura equiparable a las mejores del mismo autor (que para muchos –incluido Azaña, que las reseñó en 1921– son *Las novelas de Urbano y Simona*). El personaje de Ruth y su peripecia promueve esta mejoría, ya hasta el final. Pero no termina la novela sin que reaparezca un personaje que casi teníamos olvidado los lectores: el inefable Goznalfáñez (págs. 275 y 290), que vuelve a presentársenos como un habitante rural de un panteísmo poético –en su género de vida y en su conducta– tan admirable y enigmático como nos lo había pintado el propio autor al principio (pág. 122), y lo había hecho dirigiéndose a él, volviendo a él sus ojos de niño y hablándole en primera persona, como sólo hace en la dichosa nota al pie de página 266.

¿Adónde quiero ir con todo este trajín de hojas vueltas? A señalar que Goznalfáñez viene a ser principio y fin *felices* de *A.M.D.G.*, a lo último como acompañante de Ruth y sus hijos. Y no se me olvida añadir la observación de que esta Ruth mirífica es *casi* la única mujer que en la novela aparece. Digo “casi” porque hay otra conmovedora figura femenina, la del aya Teodora, a quien también... oímos casi (habla en bable), además de casi verla, al comienzo de la novela, con sus prendas identificadoras: un sombrillón de seda rojo y unas almadreñas (pág. 132, la última por ahora). E igualmente *reaparece* representada por el reencuentro de tales prendas (pág. 314), con lo cual la figura de esta otra mujer abre y casi cierra también el cuerpo de la novela ayalina. Éste es el que yo llamaba *ligamen*, con palabra que podría ser del léxico ayalino.

Pero avancemos, haciendo pie en la figura del aya Teodora, que creíamos, por los diálogos, la tendría por madre Bertuco. No: a la hora de la despedida, ella hecha un mar de lágrimas, él impaciente por reencontrar a los amigos del Colegio, la define así:

“–¿Es tu madre?– añadió Conejo.

Y Bertuco, secamente:

–Es una criada vieja” (pág. 134).

Y este desapego tan marcado –intento definir ahora yo– ¿es la natural inconsciencia de un niño de unos trece años, o dígame querencia un poco animalesca por juntarse con sus amiguitos? ¿O es *también* cierto clasismo que del joven Pérez de Ayala desciende hacia sus raíces en el niño que fue? Voy a tal clasismo. Porque a lo largo de todo *A.M.D.G.* se advierten en Bertuco y en el autor-narrador unos pocos humos de pertenencia a una clase social alta. Más alta. Ya se ha visto en una de las pasadas citas que uno de sus más amigos en el Colegio es el “segundón del marquesado del Santo Signo”. Y ahora, yendo por esta vía, es cuando advertimos que entre los Padres también el narrador señala con tiza blanca –no con piedra blanca, no– a los *jesuitas-buenos* como pertenecientes también a la casta:

“–¡Ave María Purísima!– exclama Atienza, santiguándose. Y luego a Ocaña, frontero a él y, como él, de buena familia–:¿Tú ves, Ocañita? Estos Hermanos nuestros, que vienen directamente de la rusticidad a la Compañía, son tremendos. Luego dirán por ahí afuera que todos los jesuitas son hombres de mundo... ¡vaya por Dios!” (pág. 161).

Clasismo evidente. Luego tornaremos a este punto, pero ahora nos corresponde entrar en él por la vía de las otras dos novelas; en las cuales, por cierto, hay lo contrario: no diré, exactamente, repudio del clasismo, pero sí distanciamiento (Miró) o franco rechazo de esa gentecilla (Azaña).

La entrada la haremos por un portillo externo: mostrar cómo en las tres novelas que comento se contempla “la Pasión del Señor”: en *A.M.D.G.* con motivo de los ejercicios espirituales; en *El jardín de los frailes* con la preparación del Jueves de la Cena, en Semana Santa, en la iglesia del Monasterio (¿no volvían a sus casas en Madrid los

colegiales de los agustinos?), capítulo XIII de este libro; y en *El obispo leproso* con la *visita de los monumentos*, el Jueves Santo, por todas las iglesias de Oleza. A visitar monumentos van todas las capas de la sociedad de Oleza, y también grupos de educandos en formación: los seminaristas por un lado, y en otro momento los colegiales de los jesuitas en formación casi militar, de uniforme y vigilados y escoltados por los inspectores, como si éstos fuesen *Domini canes*. Pero dejemos la palabra al novelista:

“Llegaba entonces [a la catedral de Oleza] la primera brigada de colegiales de ‘Jesús’ con sus levitas ceñidas con el fajín de torzal azul, guante blanco, insignias y franjas de oro. En las últimas ternas iban juntos el hijo de Paulina y el de Lóriz, que se miraron avisándose. Máximo Lóriz, descolorido y frágil, la frente lisa, los ojos precoces, ya con elegancia y decrepitud de club. Pablo Galindo, alto, de una adolescencia dorada, pero con la infancia todavía en su sangre; la mirada de suavidad de la madre, y entre sus cejas, el fruncido adusto de don Álvaro.”

A esta altura del apartado IV de Miró, los capítulos se titulan con los días de la Semana Santa, y la sección de la pasada cita, *Jueves Santo*. La he elegido, además, porque el uniforme descrito es el mismo de los alumnos en *A.M.D.G.*: “...Luenga y entallada levita de botones metálicos y fajín de seda azul; entorchados y galones que se aplicaban a la bocamanga del uniforme...” Podría decirse que era de esperar, siendo la acción de ambas novelas de hacia los mismos años; pero que avanzado el siglo XX ya habrían prescindido los jesuitas de ese uniforme para sus educandos...

¡Y aquí es donde entra por primera vez, como testimonio visual, la película de Marco Bellocchio *Nel nome del padre*! Estrenada en 1971, la acción transcurre en un colegio de jesuitas, no se sabe si en Roma, allá por los días en que murió Pio XII: 1958, si no me falla la memoria. Yo vi la película hace muchos años, y compré el guión para

leerlo despacio, por la carga social explosiva que lleva la película; ahora he entrado en ella por un portillo insignificante (lo del uniforme). Pero también es cuestión de los uniformes que gastan allí y entonces, todavía, los estudiantes: por las fotografías que acompañan al texto del guión, se ve que es igual que el descrito en las novelas, incluyendo el levitín. Por cierto: también en la película se ve el estado lamentable en que se encuentran los uniformes de *casi* todos los alumnos, y ello da prueba de la ralea que son, y motivo de discusión con los Padres. ¿De qué ralea son? Pues ahí quería llegar, para volver a las tres novelas: en todas ellas (y en la película) los alumnos de esos religiosos son una mezcla explosiva de hijos de títulos nobiliarios con zánganos de casas adineradas, dados a tertulias de casino y a billares y garitos... En cuanto a esto, empecemos por la ralea, que luego anudaremos con los títulos nobiliarios. Dice Azaña en el capítulo III de su novela:

“La sociedad del colegio enseñaba a ser cauto... se recriaba allí un enjambre de zánganos, de haraganes de café (recluidos en El Escorial para tentar fortuna en los exámenes al amparo de la supuesta influencia de los frailes), gente careada al vicio y no limpia de baratería...”

Y es precisamente en este punto cuando enlazo con la cita de *El obispo leproso*: ese Lóriz del que se habla es el hijo del título nobiliario que hay en Oleza y que viene a pasar la Semana Santa en su palacio de la localidad, aprovechando para abrir sus puertas a todas sus amistades, a las de su hijo (ahí entra Pablo Galindo, el protagonista)... y a algunos Padres de la Compañía. Pero atendamos otra vez a la estampa del hijo: “...Descolorido y frágil, la frente lisa, los ojos precoces, ya con elegancia y decrepitud de club”. Me parece ver aquí un vástago de nobleza provinciana decadente, un *fin de raza*; y además esa “decrepitud de club” apunta un poco al tipo humano descrito por Azaña.

Y, si hay que creer al guionista de la película de Bellocchio, en 1958 los alumnos de los jesuitas, en Italia al menos, seguían siendo aquella misma mezcla explosiva que dije antes, sólo que mucho más echada a perder. Más todavía. Véase la acotación en pág. 44 del guión:

“Angelo mira a sus compañeros de clase, casi todos mayores que él, seguro que multirrepetidores: barbas negras, crecidas de varios días, fisonomías campesinas, cuerpos pesados y ridículos embutidos en sus *uniformes deformes*, descoloridos, remendados: ya no tienen forma alguna, etc., etc. No son los colegiales de los retratos que llenan las paredes del aula y en los que han clavado al vuelo numerosas flechas de papel: éstos de los retratos son los príncipes de los estudios jesuíticos, de aspecto frágil y desfallecido dentro de sus uniformes con los botones dorados, perfectos. Por el contrario, a Angelo le parece ver en sus compañeros los desechos de aquella tradición, los supervivientes (en caricatura) de una institución del pasado.”

El profesor universitario que me dio a conocer *Nel nome del padre* en 1972 era un hispanista avezado y sagaz, y fue él quien ¡hace ya tanto tiempo! me hizo saber lo mucho que la película de Bellocchio recordaba a la novela de Ayala. Y añadió que, al menos en la Italia de los años '60 y '70, a los colegios de religiosos solían ir los jóvenes de peores cabezas de casas ricas, para ver si, en este caso los jesuitas, los sacaban adelante con su influencia, a cambio de buenos dineros por la formación [?] y por el internado. Pero: a lo que iba: es curiosísimo observar que este mecanismo y *material humano* es igual al que dibuja Azaña en la anterior cita.

He pasado dando de refilón, que no de lado, al asunto de “los hijos de casas nobles, frecuentes en los colegios de jesuitas”. Ya vimos en aquella muestra de Miró cómo se enorgullecen –un poco neciamente– los jesuitas de Oleza de los hijos de títulos que tienen entre el alumnado. Ahora también sabemos lo poco que podrían sacar de esas mulleras (o meter en esas mulleras) los padres de la Compañía.

Así que *A.M.D.G.*, en este aspecto, se aparta un poco de las otras dos novelas. Porque es que todo da la impresión, a lo largo de ella, de que Pérez de Ayala se ufanaba de tener, cuando niño, en el colegio amigos de “buenas familias”, de “casas bien”: eso entre los colegiales. Pero incluso entre los Padres: los que son “de buenas familias” se entienden bien entre ellos, menosprecian a sus hermanos de religión cuando son patanes de humilde procedencia Y SON LOS QUE MEJOR TRATO LLEVAN POR PARTE DEL NARRADOR.. El primero, ya se ha dicho, el Padre Atienza, y siguiéndole el Padre Ocaña; óigase el diálogo (pág. 161):

“–¡Ave María Purísima!– exclama Atienza, santiguándose. Y luego a Ocaña, frontero a él y, como él, de buena familia–:¿Tú ves, Ocañita? Estos Hermanos nuestros, que vienen directamente de la rusticidad a la Compañía, son tremendos. Luego dirán por ahí afuera que todos los jesuitas son hombres de mundo... ¡vaya por Dios!”

En cuanto a la habilidad de la Compañía de Jesús para arrimarse a las clases acomodadas, Ayala hace ver a lo largo de toda la novela que eso es archisabido, y cuando algunos Padres, en conversación relajada, alardean cínicamente de esa habilidad, el narrador tilda de trivial y necio el tema (pág. 284): “El coloquio era perfectamente pueril; los interlocutores exteriorizaban su prurito de opinar [.] a la manera de atolondrados mancebos que ignoran por entero las cosas de la realidad...”

Por otro lado, en la novela se exhiben varios casos concretos en que un Padre jesuita se las apaña para *sacalñar* dineros para la Compañía a duquesas viudas más o menos chaladas, más o menos moribundas. Por cierto que el especialista en estos sonsaques es el Padre Sequeros: uno de los que mejor parados venían saliendo. Pero además, y ya se veía venir, este arrimo a los poderosos tenía su rama política:

“El padre Aróstegui [el Superior] había diferenciado netamente las funciones de cada uno de los confesores y predicadores, de manera que la dirección espiritual de los diferentes poderes sociales fuera de la absoluta incumbencia de la Compañía.[...] El padre Cleto Cueto cultivaba a los políticos de la derecha y, poco a poco, había logrado hacer hijas de confesión a la mayoría de las mujeres de los políticos de las izquierdas, a las cuales tenía muy bien adoctrinadas en punto a la conducta doméstica. También era cargo suyo asistir con alguna frecuencia al Seminario Conciliar de la diócesis, a fin de dar pláticas y visitar asiduamente al señor Obispo, de suerte que no se les fuera de la mano”, y lo que sigue, págs. 168-69. Sobre esas últimas palabras citadas he de precisar que a ese respecto la novela de Gabriel Miró está vertebrada sobre una diferencia capital: los jesuitas de Oleza no tienen entrada en el Palacio episcopal y no *gobiernan* al obispo... leproso.

En donde sí nos muestra Miró toda la fría e implacable dureza de los padres jesuitas de Oleza no es sino hacia el último tercio de la novela: terminado el curso académico con festividad y pompa social, se han quedado en compañía de doña Purita, un poco rezagados, el profesor de Canto y el profesor de Gimnasia, los dos únicos seculares del profesorado:

“Don Roger la miraba embelesado. El señor Hugo caracoleaba con todas sus viejas bizarrías de circo.

El padre prefecto los veía desde la sombra del séptimo pilar del claustro. Y ya no fue menester que el padre rector los viese.”

Al día siguiente, el padre prefecto da a los dos profesores las cesantías de sus cátedras.

“—¿Cesantes? ¿Y en vacaciones y para siempre?—exhaló el solfista, con voz tenue por primera vez en su laringe.

—¡Quizá, sí!

—Pero, ¡padre prefecto!...

El padre prefecto suspiró un ‘¡Aaah!’ pequeñito y se les apartó rápidamente” (apartado V: *Corpus Christi*, hacia su final).

Hasta el dulcísimo narrador mironiano, a lo último, muestra estampas de crueldad jesuítica. (Estampas de otras crueldades en otras escenas y lugares de Oleza sí había habido en la novela, residuo del arte modernista que cultivó Gabriel Miró; pero de crueldad jesuítica, como digo, no había habido.)

\* \*

Y para cerrar todas estas disquisiciones, desearía enmendar lo que pudiera haber en ellas de injusticia al acusar de *parvenu* a Pérez de Ayala, si es que a tanto he llegado. Quisiera enmendarlo acogiéndome a las palabras de un poeta que nunca puso maldad en sus versos; ni siquiera malignidad, creo. Son los versos de Antonio Machado, que en tiempos fue amigo y correligionario de Pérez de Ayala y lo retrató así en un soneto:

“...Rostro enjuto  
bajo el amplio sombrero; resoluto  
el ademán, y el gesto petulante  
-un si es no es- de mayorazgo en corte;  
de bachelor en Oxford, o estudiante  
en Salamanca, señorial el porte.”

“El gesto petulante de mayorazgo en corte”. Ése debía de ser Ramón Pérez de Ayala cuando escribió *A.M.D.G.*

---

En el siguiente enlace pueden ver el vídeo completo de este acto:  
<https://www.youtube.com/watch?v=b8wG5kWGbHY>